



nas, en el que ellas llaman *el Padre Santo*. La familia propiamente dicha de este nuevo Abraham, la que figura la posteridad bendita de Isaac y de Jacob, la Iglesia católica, es la porción más ilustre del género humano, que ella regenera desde hace diez y ocho siglos. Madre tierna, extiende los largos brazos de su caridad hasta las extremidades de la tierra. En las ciudades de la China, recoge los niños que todas las mañanas se arrojan en medio de las calles; en las selvas del Nuevo-Mundo, reconcilia al derredor del mismo altar al Huron y al Algonquin, hasta entonces enemigos irreconciliables. Las verdades cuya débil luz llenaba de admiración á los genios de Platon y de Sócrates, ella las pone al alcance de los más ignorantes. El más pobre sabe que es hijo de Dios, heredero del cielo, tan bien como el más poderoso monarca. El débil no es ya la víctima legal del fuerte, la mujer del hombre. Aun la guerra no hace ya esclavos, sino que deja al vencido su libertad. Todos los pensamientos, todos los sentimientos se elevan poco á poco por encima de la tierra. El más materialista se hace sensible á los goces del espíritu. El pordiosero, el mozo de cordel de Nápoles, paga á un orador de callejuela para oírle declamar los versos de la *Jerusalén libertada*, donde el Homero cristiano canta la victoria de la civilización cristiana sobre la barbarie mahometana. Con la relación del poeta se anima el gesto del lazzarone, es arrebatado, y aun se disputará sobre las excelencias de tal ó cual trozo. El último rango de la sociedad humana, participa sin embargo de lo que hay de más elevado. Si está enfermo, una casa de Dios está allí para recibirle; vírgenes cristianas, imitando la hospitalaria caridad de Abraham, se apresuran á servirle con las atenciones más delicadas. Este es su estado. Nacidas frecuentemente en la opulencia, se hacen voluntariamente para siempre siervas de los pobres y de los enfermos, y como Abraham y Sara, sirven en ellos á Dios mismo. De este modo, la gran familia del nuevo Abraham ha regenerado, divinizado, en cierta manera, al género humano, hasta en su parte más abyecta.

Mas el antiguo padre de los creyentes, ade-

más de la familia que era especialmente la suya y que no le abandonó, tenía otras, que aunque procedentes de él, no permanecieron siempre con él. Lo mismo sucede en el nuevo. Además de la familia que Dios le ha dado especialmente, la multitud de pueblos católicos que no han abandonado la Iglesia romana, hay muchos que están más ó menos alejados de esta casa paternal. Estas son las herejías, las sectas conocidas bajo diversos nombres, y figuradas por los descendientes de Esaú, de Ismael, de Madian, que frecuentemente han hecho la guerra á la posteridad bendita de su comun antepasado. Entre estas sectas cristianas se puede, con San Juan Damasceno y otros graves autores, contar á los mahometanos. En efecto: ellos son muy celosos contra la idolatría, adoran al verdadero Dios, reconocen la misión divina de Moisés y de los profetas, adoran á Jesucristo como el Verbo de Dios, el Mesías, el juicio de los vivos y de los muertos. Si combaten su divina filiación, tienen esto de comun con otros herejes, como en otro tiempo los vándalos. Esperemos que el tiempo, que ha disminuido ya mucho su antipatía para los cristianos, la apagará de hecho completamente. Esperemos que ellos y los demás pueblos vendrán á completar en la Iglesia universal las verdades que la han quitado incompletas. Esperemos que todas estas sociedades particulares que se llaman con nombres de hombres, sea Lutero, sea Calvino, sea Mahoma, entrarán en la gran unidad, y no se llamarán más que cristianos universales ó católicos.

Hoy ya es una cosa maravillosa ver al nuevo Abraham á la cabeza de la cristiandad, una, santa, universal y perpétua, y seguido de más ó menos cerca por las cristiandades separadas y por el islamismo, brillar así y vivificar más ó menos directamente, como el sol, á todo el género humano, y llamarle á la unidad espiritual, de la cual la unidad de origen en Adam no es más que el bosquejo y el emblema. ¿Qué será, pues, cuando disipadas todas las preveniciones, se cumpla esta gran unión? ¡Ah! ¡que nos sea dado ver este dichoso día!

Entre tanto, ¿cómo no ser impresionados por todo lo que encierra la palabra de Dios á



su fiel Abraham? El pasado, el presente y el porvenir, todo allí se revela, y con proporciones cada vez mayores. Esto es verdad, no solamente respecto de Abraham, sino aun de toda su posteridad, en particular de su hijo Isaac.

Su mujer Rebeca era estéril. Oró al Señor por ella; Dios le oyó, é hizo que Rebeca concibiese. Pero luchaban dos niños en su vientre, y dijo: «Si así me habia de suceder, ¿qué necesidad tenía yo de concebir?» Y fué á consultar al Señor, quizá por Melquisedec, su pontífice, acaso tambien junto al altar de Abraham. Jehová la respondió: «Dos gentes están en tu seno, y los pueblos desde tu vientre serán divididos, uno de los pueblos triunfará del otro, y el mayor servirá al menor.»

Habia llegado ya el tiempo del parto, y hé aquí que fueron hallados en su vientre dos mellizos. El que salió el primero era bermejo y todo belludo, á semejanza de piel, y fué llamado su nombre Esaú. Saliendo al punto el otro, tenía asido con su mano el talon de su hermano, y le llamaron Jacob, es decir, suplantador. Isaac tenía sesenta años cuando le nacieron los niños.

Habiendo crecido, se hizo Esaú varon diestro en la caza y hombre del campo; mas Jacob, varon sencillo, habitaba en tiendas. Isaac amaba á Esaú, porque comia de lo que cazaba, y Rebeca amaba á Jacob. Un dia Jacob coció un potaje. Esaú volvió cansado del campo, y le dijo: «Dame de eso rojo que has cocido, pues en gran manera estoy fatigado.» Por esta causa fué llamado Edon. Jacob le respondió: «Véndeme tu primogenitura.» Esaú respondió: «Ves que me estoy muriendo; ¿de qué me servirá la primogenitura?» «Pues júramelo,» replicó Jacob. Esaú se lo juró, y vendióle la primogenitura. Y así, habiendo tomado pan y el plato de lentejas, comió y bebió, y se fué, haciendo poco aprecio de haber vendido la primogenitura (1).

Este derecho llevaba antiguamente muchas ventajas. El primogénito tenía una porción doble en la herencia paterna, sucedia á su padre como príncipe de la familia, y tambien, segun

(1) Gén., 25.

algunos, como pontífice. En fin, recibia una bendición particular de su padre; á esta bendición estaba unida en la familia de Abraham la gloria de ser el antepasado del Mesías. Así, San Pablo llama á Esaú un profano, por haber vendido tantas prerrogativas por solo un plato de lentejas (1).

Entre tanto, sobrevino hambre en el país, además de aquella carestía que habia acaecido en los dias de Abraham. Isaac se fué á Gerara á Abimelech, rey de los palestinos. El Eterno se le apareció y le dijo: «No descendas á Egipto, mas estate quieto en la tierra que te diré; y mora como extranjero en ella, y seré contigo, y te bendeciré, porque á ti y á tu posteridad daré todas estas tierras, cumpliendo el juramento que hice á Abraham tu padre. Y multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo, y daré á tus descendientes todas estas tierras, y serán benditas en tu raza todas las gentes de la tierra, por cuanto Abraham obedeció mi voz, y guardó mis preceptos y mandamientos, y observó mis ceremonias y leyes.» Isaac con esto quedó en Gerara.

Interrogado por los habitantes de aquel lugar sobre su mujer, respondió: «Es hermana mia;» lo que igualmente significaba parienta mia. Temió confesar que era su mujer, recelando que tal vez le quitasen la vida á causa de la hermosura de ella. Mas sucedió, pasando muchos dias, que Abimelech, rey de los palestinos, mirando por una ventana, vióle jugar con Rebeca su mujer. Y llamándole, le dijo: «Cosa clara es que es tu mujer; ¿por qué has dicho falsamente que era tu hermana?» Respondió Isaac: «Temí el morir por causa de ella.» «¿Por qué nos has engañado?» replicó Abimelech; pudo alguno del pueblo abusar de tu mujer, y hubieras acarreado sobre nosotros un grande pecado.» Al mismo tiempo hizo intimar á todo el pueblo esta orden: «El que tocare á la mujer de este hombre, ciertamente morirá.»

En cuanto á Isaac, sembró en este país, y halló aquel año ciento por uno, y bendíjole el Señor. Enriquecióse el hombre, é iba adelantando y creciendo más y más, hasta que llegó á ha-

(1) Heb., 12, 16.



cerse poderoso sobremanera; tuvo una multitud de ovejas y grandes hatos de ganado, con muchos criados y mucha labor. Por esto, los palestinos tuvieron envidia de él, y cegaron todos los pozos que habían cavado los siervos de su padre Abraham, llenándolos de tierra en tanto grado, que el mismo Abimelech dijo á Isaac: «Retírate de nosotros, porque te has hecho mucho más poderoso que nosotros.» Isaac, pues, se retiró para pasar hácia el torrente de Gerara y habitar allí. Hizo cavar de nuevo otros pozos, que habían cavado los siervos de Abraham su padre, y que después de su muerte habían cegado en otro tiempo los filisteos, y los llamó con los mismos nombres que los había llamado antes su padre. Cavaron en el torrente, y hallaron agua viva. Mas allí también se suscitó rencilla entre los pastores de Gerara y los de Isaac, que decían: «Nuestra es el agua.» Por lo que llamó á este pozo, á causa de lo que había pasado, «Calumnia.» Cavaron también otro, y por causa de él riñeron de nuevo, y llamólo «Enemistades.» Habiendo partido de allí, cavó otro pozo, sobre el cual no hubo contienda, y por esto le dió por nombre «Anchura,» diciendo: «Ahora nos ha ensanchado el Señor, y hecho crecer sobre la tierra.» Desde aquel lugar subió á Bersabée, en donde se le apareció el Señor aquella misma noche, y dijo: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, que yo estoy contigo; te bendeciré y multiplicaré tu posteridad por amor de mi siervo Abraham.» Elevó, pues, allí un altar, y habiendo invocado el nombre del Señor, tendió su tienda y mandó á sus siervos que cavasen un pozo.

Entre tanto, vino á aquel lugar desde Gerara Abimelech, acompañado de Ochozath, su amigo, y Ficol, general de sus tropas. Isaac les dijo: «¿Por qué venís á mí, hombre á quien aborreceis y habeis echado de entre vosotros?» Los cuales respondieron: «Hemos visto que el Señor está contigo, y por esto hemos dicho que haya juramento entre nosotros y hagamos una alianza, á fin de que no nos hagas ningun mal, así como nosotros á nada hemos tocado de lo tuyo, ni te hemos dañado en cosa alguna; antes bien, te hemos enviado en paz, colmado de la bendición del Señor.» Isaac les ofreció un

banquete, y después de haber comido y bebido, levantándose de madrugada, se hicieron de una y otra parte los juramentos, é Isaac los despidió en paz á su tierra.

El mismo día vinieron los siervos de Isaac dándole nuevas del pozo que habían cavado, diciéndole: «Hemos encontrado agua.» Por lo que le llamó «Abundancia;» y el nombre de Bersabée, ó pozo de la abundancia, se dió á la ciudad que se construyó después en el mismo lugar (1).

Se extrañará quizá que los patriarcas diesen tanta importancia á los pozos y á las fuentes. Esto era porque con sus innumerables ganados, y en países cálidos como la Palestina, en donde llueve rara vez, los pozos eran para ellos de una absoluta necesidad, y una fuente de agua viva venía á ser una riqueza.

Isaac era entonces rey de un pueblo nómada, haciendo alianza con otros reyes; su poder era tal, que el rey de los palestinos le encontraba superior al suyo. El ejemplo de Abraham y de Isaac nos hace ver cómo se han establecido los tronos natural y legítimamente. Un padre de familia se encuentra independiente de otro por beneficio de la Providencia; sus siervos son numerosos; ha adquirido á los unos, los otros han nacido en su casa; un siglo antes, ya Abraham tenía trescientos diez y ocho de estos últimos, que estaban ejercitados en las armas. Después que tan generosamente libró á los habitantes de la Pentápolis, muchos sin duda se agregaron á él voluntariamente. Todo este pueblo vino á corresponder á Isaac. Además, Dios le aumentó prodigiosamente. Se puede, pues, creer que en la época en que Abimelech vino á hacer alianza con él, Isaac tenía por lo menos dos ó tres mil hombres en estado de poder tomar las armas. Pero lo que admirará más, sobre todo, es el ver en medio de tan gran opulencia una sencillez tan grande de costumbres: Abraham sirviendo á la mesa á sus huéspedes, Sara amasando las tortas, Rebeca yendo á buscar agua á la fuente, Jacob guardando los ganados de su suegro; tales eran las costumbres de la antigüedad primitiva.

(1) Gén., 26.



va. Homero, que según la opinión común, escribió cerca de mil años después de la época de Isaac, nos muestra al más valiente de los reyes griegos, Aquiles, á la llegada de sus huéspedes, cortando por sí mismo las viandas y poniéndolas en el asador, mientras que su amigo Patroclo aviva el fuego (1). Nos muestra también á los hijos de un monarca de Troya guardando rebaños de ovejas (2), y á la hija del rey Alcino llevando sobre un carro los vestidos de su padre y de su madre, para lavarles en los ca-

nales de una fuente campestre con sus compañeras (1). Cuando encontramos en la Biblia costumbres parecidas, es, pues, una prueba de la antigüedad de este libro. En cuanto al rey de los palestinos, parece que el nombre de Abimelech, ó padre-rey, era común á todos los reyes de este país, como el nombre de Faraón á los de Egipto. Lo mismo pudiera ser con respecto al generalísimo de las tropas Ficol. Este al menos es el sentido más probable, pues el Abimelech que hizo alianza con Isaac, no es el mismo que el que cien años antes había hecho alianza con su padre.

(1) Iliada, 9, v. 206.

(2) Iliada, lib. XI, v. 106.

(1) Odisea, 4.